



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Modernización, política y violencia en Argentina

Pablo Ponza

Doctor en Historia por la Universidad de Barcelona e Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y tecnológicas (CONICET). Correo electrónico: pabloponza@yahoo.es

Recibido con pedido de publicación: 5 de julio de 2011

Aceptado para publicación: 12 de septiembre de 2011

Resumen

Modernización, política y violencia en Argentina

El tema de este trabajo es la Cultura Política y la violencia en la Argentina de los *sesenta-setenta* (1955-1973). El objetivo del texto es dar cuenta –mediante 3 hipótesis o variables explicativas- del proceso creciente de radicalización ideológica y violencia en la resolución del principal conflicto político de la segunda mitad del Siglo XX en Argentina: la proscripción del Peronismo; el partido político numéricamente determinante a la hora de elecciones libres. El texto caracteriza la emergencia de una perspectiva binaria y dicotómica de los conflictos políticos. Una perspectiva que favoreció los enfrentamientos, generó un descrédito en la eficacia de la Democracia y del juego político como arte de negociación. En estos años, a menudo el oponente político fue considerado un enemigo, el espacio público un campo de batalla y la propia práctica política *una guerra continuada por otros medios*.

Palabras clave: Cultura; Política; Violencia; Democracia; Peronismo

Summary

Modernization, politic and violence in Argentina

This work, address the themes of Political Culture and Violence in Argentina during the sixties and seventies (1955-1973). The purpose of the work is to account for the process of increased ideological radicalization and violence taken for the resolution of the main political conflict at the time: the proscription of Peronism, the deciding political party in terms of numbers when it comes to elections and includes 3 hypotheses or explanatory variables. The work describes the conditions that made possible the emergence of a binary and dichotomous perspective in political conflicts. This perspective favored confrontations that brought discredit on Democracy and on politics as the art of negotiation. During those years, the political opponent was often considered an enemy, public places were battle-fields and the politics practice was a *war continued by other means*.

Keywords: Culture; Politics; Violence; Democracy; Peronism

Introducción

Si bien el trabajo se focaliza en un período histórico que va desde el bombardeo a la Plaza de Mayo, el 16 de junio de 1955, hasta la restitución de elecciones libres sin proscripción, el 11 de marzo de 1973; creo que es importante aclarar las razones que sustentan esta periodización. Me detengo en estos años porque considero que se trata del lapso donde se desarrolló el nudo del conflicto político fundamental de la segunda mitad del siglo XX. Un conflicto que intentó ser resuelto violentamente durante la última Dictadura Militar a través del establecimiento del *Terrorismo de Estado* (detención ilegal, secuestro y desaparición física de todo disidente). Es decir, entre 1976 y 1983 las Fuerzas Armadas habrían intentado así dirimir o clausurar definitivamente las agudas controversias establecidas durante los veinte años precedentes.

Si bien dicho período constituyó uno de los más ricos del siglo XX en cuanto a producción, difusión y debate de ideas transformadoras, en Argentina aquellos años de modernización cultural y desarrollo técnico coincidieron con una etapa de alta conflictividad social y autoritarismo. Etapa que tuvo un elemento determinante: la proscripción y la confrontación entre peronistas y antiperonistas. Una confrontación que sumada a la imposibilidad general de canalizar las controversias políticas por vías institucionales, no demoró en generar nuevas formas de protesta y resistencia social.

Guillermo O'Donnell ha definido este período de la historia argentina con la idea de *juego imposible*¹, puesto que los grupos en disputa tenían la capacidad de vetar mutuamente los proyectos de su adversario, estancando la situación en un virtual empate político. Por su parte, César Tcach lo ha denominado *parlamentarismo negro*², no sólo porque fue un tiempo que a fuerza de represión mantuvo el ejercicio de la política por fuera de los canales democráticos favoreciendo la confrontación directa, sino porque además terminó desacreditando el diálogo y la idea de democracia como sistema válido y eficaz.

Los investigadores mencionados (entre otros) no parecen tener dudas sobre el diagnóstico político de la época. Y este artículo tampoco se propone cuestionar dicho diagnóstico. Este artículo interroga *¿por qué la democracia no fue valorada en tanto canal de resolución de conflictos y por qué la violencia fue permeable a la cultura política de los principales actores?* Para ello se propone aplicar una mirada holística que permita desarrollar un *concepto* de la historia a partir de una “interpretación global dotada de sentido”³. Por eso a continuación presento las 3 hipótesis o variables explicativas del proceso. Hipótesis, por cierto, que no están abocadas a enumerar minuciosamente fechas y datos sino a reflexionar transversalmente sobre el proceso.

1. Las hipótesis o variables explicativas de un proceso político violento

Las hipótesis que desarrollaré a continuación no deben ser pensadas individualmente sino en conjunto. Sería un error interpretarlas atomizadamente pues se trata de 3 variables explicativas dialéctica e íntimamente vinculadas entre sí y que se refuerzan mutuamente. El motivo de presentarlas por separado responde sólo a una necesidad expositiva. Los ejes de análisis de las hipótesis apuntan a: 1º) las *condiciones políticas internacionales*, 2º) las *condiciones ideológico-intelectuales* y, la tercera y más importante: 3º) las *condiciones políticas nacionales* de la época.

La Primer Hipótesis plantea que el uso de la fuerza, la lucha armada y otros repertorios insurreccionales propios de la época, eran frecuentemente considerados una vía legítima y eficaz para

¹ Guillermo O'Donnell, “Un juego imposible. Competencia y coaliciones entre partidos políticos de Argentina entre 1955-1966”, en *Modernización y Autoritarismo*, Paidós, Buenos Aires, 1972.

² César Tcach, “Golpes, proscripciones y partidos políticos”, en *Nueva Historia Argentina*, Tomo IX, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, pp.22-24.

³ Max Weber (1992). *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*. Tecnos, Madrid.

la consecución de objetivos políticos con independencia de catalizadores como la proscripción, el irrespeto de las Fuerzas Armadas por los derechos civiles y la democracia. Es decir, los repertorios de violencia se fueron instalando en la sociedad y más específicamente en el campo de la política por diversos accesos. En la raíz de esta hipótesis quizás la influencia internacional fue el factor más importante, pues en aquellos años la lucha armada tenía una presencia a escala planetaria. De esto hay constancias desde los primeros años de la década del 50', en especial con el desarrollo de la concepción tercermundista alimentada por las llamadas *Guerras de Liberación Nacional*. Es decir, por los procesos de independencia que afectaron -luego de la Segunda Guerra Mundial- a buena parte de las colonias (en especial británicas y francesas) de Asia y África, como Vietnam, Laos, Camboya, Cabo Verde, Guinea o Argelia, entre otros.

En este movimiento podemos alinear también a la Revolución Cubana, que por simpatía o contraste marcó el horizonte imaginario de buena parte del progresismo y la izquierda latinoamericana, no sólo porque había conseguido librarse de los yugos coloniales y la Dictadura de Fulgencio Batista, sino especialmente porque lo había hecho a través de la organización civil y sirviéndose del método de la *lucha armada*.

Destaquemos además el protagonismo de los grandes liderazgos de la época y la emergencia de figuras como el *Che* Guevara, Fidel Castro, Camilo Torres y el grito de guerra que significó la OLAS, pasando por los asesinatos de los hermanos Kennedy, Luther King, Lumumba o Salvador Allende, en un período marcado por la Guerra Fría y el reparto de aliados entre el bloque comunista y capitalista.

Por estas razones podríamos decir incluso que, por ejemplo, para algunos sectores de la izquierda radicalizada lograr un espacio democrático real era un logro instrumental y pasajero. Era, en todo caso, otra vía de acercamiento hacia el aclamado Socialismo. Dicha tendencia no sólo habría puesto en tela de juicio las formas tradicionales de organización política sino que buscó, además, una transformación total del propio sistema democrático burgués, al que juzgaban conveniente sólo a los intereses de los más poderosos y el cual reproducía una violencia que, si bien oculta, estaría anclada en las propias bases de la acumulación capitalista.

2º) La Segunda Hipótesis introduce la influencia de las *condiciones ideológico-intelectuales* imperantes en la época. Desde mediados de 1950 observamos la expansión de la industria editorial, la explosión de la matrícula universitaria, el auge de nuevas disciplinas, teorías y métodos de abordaje de las Ciencias Sociales, del pensamiento existencialista de Sartre, el marxista humanista de Gramsci y el psicoanalítico de Freud, por sintetizar en 3 nombres representativos el amplio abanico de autores que transitaron la época. Dichas corrientes habrían producido en los sectores letrados, académicos y culturales eminentemente urbanos un profundo proceso de *politización*. Un proceso que generó no sólo la politización estudiantil, sino que, además, dio lugar a una poderosa transferencia del acervo intelectual hacia el campo de la política. Es decir, un proceso que insufló una complejidad teórica inédita que se tradujo en la culturización de algunos espacios y prácticas políticas.

Recordemos que el marxismo era considerado en los ámbitos académicos una de las teorías más avanzadas para pensar los conflictos sociales, y que esta teoría contaba entre sus particularidades con una mirada economicista del mundo, una concepción de las luchas en términos de clase, un desarrollo lineal y compacto de la historia, y, especialmente, concebía a la violencia como la partera de los acontecimientos históricos. Agreguemos además que los primeros sesenta se abrieron al mundo en medio de una profunda resignificación de los campos ideológicos y con una crisis de 2 de los sistemas doctrinarios más importantes de esos años: por una parte, la crisis y renovación teórica de las lecturas del marxismo luego del XX y XXII Congreso del Partido Comunista Soviético (PCUS) en 1956 y 1959; y la posterior pérdida de centralidad del PCUS tras conocerse los crímenes del Stalinismo. Y por otra, la recepción en clave liberacionista que se hizo en Latinoamérica de las

novedosas reflexiones teológicas, litúrgicas y pastorales promovidas por el Concilio Vaticano II (1962-1965).

Desde luego, hay que resaltar la importancia que tuvo el discurso nacionalista y popular, encarnado fundamentalmente por el peronismo, que combinado con el *marxista* y el *crístico postconciliar* se volvió altamente explosivo. Precisamente allí, en la combinación del nacionalismo con las reflexiones postconciliares es donde cobró mayor intensidad el paso a la acción armada de una parte de la juventud católica renovadora argentina, en un abierto compromiso de lucha contra la pobreza y la Dictadura.

3º) La Tercera Hipótesis sin dudas es la determinante en este proceso, y por ello será la única en la que me detendré in extenso. Esta hipótesis se focaliza en las condiciones nacionales y sostiene que la permanente práctica autoritaria en la toma de decisiones políticas por parte de los grupos dominantes -y su aplicación de facto a través de las Fuerzas Armadas entre 1955 y 1973- fue permeable a la cultura política de toda la sociedad. Dicha práctica autoritaria, violenta e ilegítima habría determinado ciertas pautas de acción en las organizaciones sociales de la época. Unas pautas que terminaron por desacreditar el diálogo, la democracia y las instituciones representativas en tanto instancias efectivas para resolver los conflictos, conseguir reivindicaciones y sostener aspiraciones de control del Estado sin el uso de la fuerza.

Recordemos que entre 1955 y 1973 se sucedieron 8 presidentes, 6 militares de facto y 2 civiles elegidos bajo la fórmula proscriptiva del peronismo⁴. La consecuencia inmediata de dicha fórmula de exclusión fue el manto de ilegitimidad que tiñó a los sucesivos gobiernos, y el paulatino y creciente estado de rebeldía e insurrección que generó en gran parte de los sectores asalariados. Mismos que exigían, no sólo el regreso de Perón y su inmediata inclusión en el juego electoral sino que asimilaron sus protestas con un discurso nacionalista y popular que rechazó de plano, tanto la incorporación de capitales multinacionales, como las políticas regresivas que conducían a la concentración de la renta, a una menor competitividad del empresariado argentino, y a una caída en la participación del PBI de los sectores obreros.

2. Especificidades del contexto nacional y una cultura política autoritaria

Las prácticas autoritarias aplicadas por los grupos dominantes y su brazo ejecutor, las Fuerzas Armadas, podemos observarlas especialmente a partir del jueves 16 de junio de 1955, cuando con el objetivo de asesinar al presidente constitucional Juan Domingo Perón una flota de aviones Gloster Meteor de la Marina y la Fuerza Aérea lanzaron 9 toneladas de explosivos y dispararon sus ametralladoras sobre una concentración de simpatizantes peronistas en el área de Plaza de Mayo. La aviación argentina, que hasta entonces no había participado en guerras ni había realizado bombardeo alguno, perpetró su bautismo de fuego y muerte contra su propia población civil. El ataque provocó una masacre de 374 muertos y más de 800 heridos. Muchas víctimas no eran manifestantes, sino simplemente transeúntes desprevenidos, ancianos, mujeres y niños que se encontraban ese día allí por distintos motivos.

Ese mismo accionar violento y autoritario se irradiaba hacia el interior de las Fuerzas Armadas, y esto podemos observarlo por ejemplo cuando solamente 52 días después de que Lonardi jurara la presidencia de la Nación, el 13 de noviembre de 1955 se produjo un nuevo Golpe de Estado, pero esta vez *puertas adentro*. El general Pedro Eugenio Aramburu -sin esperar siquiera a la renuncia de su antecesor- asumió la presidencia provisional y dio por tierra con el intento de cuajar una transición tolerante. La caída de Lonardi significaba que junto a él se alejaba todo el personal político proveniente del nacionalismo y la corriente católica antiliberal, dejando el camino despejado a

⁴ Lonardi, Aramburu, Frondizi, Guido, Illia, Onganía, Levingston y Lanusse.

Aramburu y la fracción liberal que esperaba reponer cuanto antes el orden perdido durante el peronismo.

Aramburu conformó su gabinete con hombres del conservadurismo y muy pronto la posición del gobierno fue definida explícitamente como una prolongación de la línea de Mayo y Caseros.⁵ Es decir, un retorno al liberalismo pero con una actitud conservadora en materia económica y social. Aramburu tomó de inmediato las medidas que clarificaban su política exterior ratificando la carta de la Organización de Estados Americanos (OEA), y hacia el interior reponiendo la constitución de 1853 que había sido reformada durante el gobierno peronista. Paralelamente, puesto que no podía controlarlo, el gobierno militar intentó hacer desaparecer al peronismo. Lisa y llanamente pretendió borrarlo de la vida política pública del país. Y para ello dictó el decreto 3.855 de 1956, que prohibió el proselitismo peronista, la simple mención del nombre de Perón, toda iconografía, música, simbolismo o bibliografía peronista en el ámbito público o privado. Secuestró el cadáver de Eva Duarte de Perón, Evita. También intervino la Confederación General del Trabajo (CGT), disolvió el Partido, inhabilitó para obtener empleos en la administración pública a sus afiliados y a quienes habían ocupado cargos sindicales durante su gobierno. Como corolario, el 9 de junio de 1956, casi un año después del bombardeo a Plaza de Mayo y en nombre de la libertad fusiló a 6 militares sublevados liderados por el General Juan José Valle y ejecutó clandestinamente a 18 civiles en Lanús, al igual que un grupo de 9 obreros peronistas en un basurero de José León Suárez. Al día siguiente, el 10 de junio, y después de 128 años sin crímenes políticos se implantó la Ley Marcial en Argentina.

Este último episodio popularizado como *Operación Masacre* y magníficamente documentado por Rodolfo Walsh, puso al descubierto que la violación de los derechos civiles y políticos más esenciales, así como la muerte por razones políticas, serían desde entonces parte de la metodología represiva del régimen. Para Walsh este género de violencia ponía al descubierto la verdadera sociedad argentina, una sociedad fatalmente escindida:

“otra violencia menos espectacular y más perniciosa se instala en el país con Aramburu. Su gobierno modela la segunda década infame, aparecen los Alsogaray, los Krieger, los Verrier que van a anudar prolijamente los lazos de la dependencia desatados durante el gobierno de Perón”⁶.

3. La traición frondizista y el fracaso desarrollista

Poco tiempo después Arturo Frondizi, el representante político más destacado de la línea latinoamericanista y democrática de la llamada intransigencia radical, fue el primer presidente civil luego del Golpe de Estado de 1955. En 1948 Frondizi dirigió la revista *Cursos y Conferencias*, en 1954 publicó *Petróleo y Política* y en 1957 un folleto titulado *Industria argentina y desarrollo nacional*. En ambos textos Frondizi presentó un conjunto de postulados típicamente desarrollistas. Allí sostenía que la industrialización, los empresarios y un Estado fuerte que dirigiera las inversiones

⁵ José Luís Romero, en *Breve historia argentina*, Tierra Firme, Buenos Aires, 1996, pp.165-168., señala que la historiografía liberal hizo de Mayo y Caseros sus principales hitos de libertad y progreso, entendiendo al primero como la revolución contra el despotismo colonial y al segundo como la rebelión contra un pasado restaurado. En oposición a esta postura, el revisionismo convirtió a caudillos como Rosas en los hitos de su versión, presentándolos como la reacción popular del interior contra el entreguismo porteño a los intereses británicos.

⁶ Rodolfo Walsh, *Operación Masacre*, Editorial Sol 90, Barcelona, 2001, p.135. La edición original es de Ediciones Sigla, Buenos Aires, 1957.

con criterios de necesidad hacia los sectores estratégicos eran los elementos centrales que encauzarían el desarrollo del país⁷.

Las ideas de Frondizi fueron la referencia más destacada para gran parte del espectro político e intelectual que confiaba encontrar una alternativa de integración democrática para el electorado peronista excluido por la *Libertadora*, y Frondizi fue quien despertó las mejores expectativas de los sectores progresistas y de izquierda, que se volcaron masivamente en su apoyo. Alrededor de su candidatura Frondizi conformó un frente nacional y popular donde resaltó los puntos de convergencia entre clase media y clase obrera a través de un discurso amplio de corte desarrollista, pero con un pronunciado dejo populista que buscaba recoger las aspiraciones de esas vastas capas de la población que se plegaban difusamente al discurso de la *liberación nacional*.

Frondizi alcanzó el gobierno con mayoría absoluta, 4.070.875 votos (44%) frente a los 2.618.058 de la UCRP (28%) del balbinismo.⁸ Aunque la ventaja decisiva no la aportó la UCRI o alguno de sus aliados circunstanciales, sino que provino del peronismo proscripto. El apoyo peronista fue fruto de una negociación secreta en la que participaron Rogelio Frigerio, John William Cooke y el propio Perón. Los términos del pacto estaban sujetos a ciertas condiciones. El peronismo apoyaría a Frondizi a cambio de la legalización del justicialismo y la supresión de los obstáculos para la consolidación de la CGT. El trato consistía en que una vez que Frondizi alcanzara la presidencia realizaría una apertura democrática total. Pero nunca pudo cumplir su parte, ya que las Fuerzas Armadas se lo impidieron.

No obstante, los primeros desencantos de la gestión presidencial no vinieron desde el peronismo sino de las múltiples fuerzas que se habían alineado tras la propuesta desarrollista de la UCRI. El motivo: el incumplimiento de las promesas preelectorales. Lo que se conoce como la *traición frondizista* fue en parte resultado de un conocimiento incompleto por parte del electorado de las tesis desarrollistas. Es decir, de aquellos aspectos teóricos no publicitados durante la campaña y que, sin embargo, el gobierno puso en práctica a poco de asumir sus funciones. Osvaldo Pradayrol ha señalado que durante la campaña electoral el principal problema de las tesis desarrollistas fue que quedaron ocultas tras la denuncia de la dependencia y la apología del desarrollo. Lo que Frondizi no explicó fue cómo pensaba financiar el desarrollo.⁹

En septiembre de 1958, 5 meses después de las elecciones, el todavía flamante gobierno implementó la Ley de Petróleo y de Universidades, la 14.557. La primera permitía la explotación del subsuelo nacional a compañías norteamericanas, y la segunda la posibilidad de crear universidades privadas con capacidad para expedir títulos oficiales. En resumen: La Ley de Petróleo y su homóloga de Universidades significaron para muchos de los intelectuales, universitarios, sectores progresistas y de izquierda de clase media que habían acompañado al gobierno, las pruebas fehacientes de la traición a las promesas preelectorales de Frondizi. La compra de petróleo representaba el 25% del total de las importaciones del país, una sangría de 300.000.000 de dólares anuales que el gobierno de Frondizi pretendió sufragar con un plan de estabilización que consistía en la gestión de préstamos extranjeros que ascendían a 329.000.000 de dólares. Los entes prestamistas eran el FMI, El Tesoro de los Estados Unidos y el Eximbank entre otras compañías privadas.

Por su parte, las Fuerzas Armadas acosaban al gobierno de Frondizi por temor a que el presidente realizara maniobras tendientes a la reincorporación política del peronismo. Aunque los

⁷ Arturo Frondizi, "Industria argentina y desarrollo nacional", *Qué*, Buenos Aires, 1957, p. 21.

⁸ Datos extraídos de Osvaldo Pepe, "El presidente que miró al futuro", *Clarín*, Buenos Aires, 28/08/2005, p. 8.

⁹ Osvaldo Pradayrol, "Frondizi. Desarrollismo y crisis en Argentina", *Historia de América*, Centro Editor de América Latina, N°37, Buenos Aires, 1985, p. 173.

sectores liberales antiperonistas críticos del gobierno eran minoría, eran una minoría muy poderosa, pues contaban con celosos guardianes en las filas de las Fuerzas Armadas, financiaban los medios masivos de comunicación más influyentes y habían subvencionado la carrera profesional de la mayoría de los técnicos y economistas más renombrados del país. De hecho, habían logrado colocar a Roberto Aleman y Álvaro Alsogaray en el Ministerio de Economía.

Asimismo, desde 1959 las Fuerzas Armadas vieron en Cuba un nuevo argumento para renovar su tradicional anticomunismo y justificar su acecho al sistema político. Los altos mandos argentinos fueron susceptibles a las teorías alentadas por Estados Unidos que veían en la revolución de Fidel Castro el peligro comunista a pocas millas de Miami. En especial el gobierno de John F. Kennedy alentó una política continental a partir de las doctrinas de Seguridad Nacional y de Fronteras Ideológicas, doctrinas que anclaron profundamente en el imaginario castrense. Dichas doctrinas no tenían como finalidad colocar a las Fuerzas Armadas como garantes de un proceso político institucionalizado, democrático o consensual, sino todo lo contrario; justificaban su rol autárquico y despótico. Se auto asumieron centinelas de la Patria, de la civilización occidental, capitalista y cristiana. Las doctrinas de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas tal como se aplicarían en Argentina serían incomprensibles sin su fundamento dogmático: la dialéctica amigo-enemigo. Una dialéctica que reprodujo en su núcleo central el conflicto teológico entre el Bien y el Mal.

Asimismo, los paros y movilizaciones eran noticia constante en estos años. Se perdieron más de 6.000.000 de horas de trabajo producto de las luchas sindicales. De hecho entre mayo de 1958 y junio de 1961 se produjeron más de 1.000 actos de violencia por parte de la Resistencia Peronista. Entre ellas, a propósito de un plan de privatización, el 19 y 20 de enero de 1959 los gremios realizaron la toma del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre, que fue desalojado por más de 2.000 soldados apoyados por 4 tanques. La refriega tuvo un saldo de casi 100 detenidos, varias docenas de heridos y más de 5.000 despidos. Desoyendo la amenaza represiva del gobierno el 23 y 24 de septiembre de 1959 y el 7, 8 y 9 de noviembre de 1961, los sindicatos volvieron a realizar huelgas generales.

En síntesis, el gobierno nacional estaba acorralado por las Fuerzas Armadas que exigían medidas inmediatas para desactivar la reorganización peronista y el desarrollo marxista, y por el creciente sabotaje de la Resistencia Peronista que presionaba sobre el débil sistema político para detener la orientación económica del Estado e impedir la normalización de su exclusión política. Finalmente, en marzo de 1960 Frondizi cedió ante las demandas militares y aprobó el denominado Plan de Conmoción Interna del Estado (CONINTES) y la Ley de Defensa de la Democracia. A través de estas medidas las Fuerzas Armadas consiguieron la potestad para perseguir y encarcelar a miles de opositores, en su mayoría peronistas, incómodos para los planes de desactivación de las protestas.

El 29 de marzo de 1962 Frondizi fue destituido por las Fuerzas Armadas, arrestado y recluso en la isla Martín García luego de que Andrés Framini, candidato peronista para la gobernación de Buenos Aires triunfara en las elecciones, al igual que ocurrió con otros candidatos peronistas en 17 diferentes provincias del país. Haber retomado el control del gobierno, como ocurriera en 1955, no disimuló las pujas internas en las Fuerzas Armadas por la supremacía del poder. Al contrario, las agudizó. En un proceso de creciente intervencionismo las facciones de las Fuerzas Armadas quedaron explícitamente divididas en 2 bandos identificados como: *Azules* y *Colorados*¹⁰. Los *Azules* o *Legalistas*, no consideraban oportuno que las Fuerzas Armadas asumieran la dirección del país, sino que debían colaborar en la paulatina normalización del sistema político y sus instituciones. Por su

¹⁰ Ver Guillermo O'Donnell, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Barcelona, Paidós, 1997, o Ricardo Forte, *Fuerzas armadas, cultura, política y seguridad interna*, Biblioteca de Signos, Università Degli Studi Di Torino, México, 2003.

parte, los *Colorados*, consideraban que la extinción del peronismo era una tarea suprema en la que era necesario emplear todos los recursos disponibles, incluida la dictadura.

Esta nueva expresión de la lucha interior por la supremacía del poder fue quizás una de las demostraciones paradigmáticas de falta de acuerdo y cohesión en las Armas de todo el período; sobre todo cuando la población asistió impávida a los combates en las calles de la ciudad de Buenos Aires - que se desarrollaron en septiembre de 1962 y abril de 1963-, y que tuvieron como saldo una veintena de muertos, más de 100 heridos y por vencedor militar al bando *Azul*. Y digo vencedor militar porque, en términos políticos, el triunfo fue *Colorado*.

Esta experiencia fue interpretada por buena parte de la generación surgida a la política inmediatamente después de la caída de Perón como una auténtica debacle del pensamiento desarrollista y del Estado de Derecho. Una prueba, o un síntoma, que a juicio de Horacio Crespo mostraba que la burguesía nacional era impotente para corregir el rumbo, afianzar un proyecto de país moderno, económicamente dinámico y socialmente integrado¹¹. Para los jóvenes la desilusión provocada por la *traición* frondizista sirvió para vaciar la Democracia de gran parte de sus significados positivos. Sirvió también para demostrar que las Fuerzas Armadas eran quienes tenían la última palabra en los conflictos y que la política era viable mientras no incomodara sus planes. Asimismo, una importante porción de esa juventud proyectó con gran optimismo en el ideal socialista y sus horizontes la ilusión urgente de realizar las tareas inconclusas que se habían prometido: superar el subdesarrollo, la miseria y el hambre, y lograr que fueran respetados los derechos civiles y políticos de la mayoría.

Sin duda la nueva remoción violenta del gobierno y los enfrentamientos intestinos en las Fuerzas Armadas fueron experiencias permeables a la cultura política argentina. Amplios sectores de la sociedad interpretaron como un fracaso no sólo el modelo de pensamiento económico e inoperancia de la proscripción impuesta por la *Revolución Libertadora*, sino también como un acto de desprecio y atropello absoluto a las reglas del juego político, los mecanismos democráticos y derechos civiles básicos.

4. Arturo Illia y el segundo intento civil bajo proscripción política

La misma fórmula que proscribió la participación política de los candidatos peronistas en las elecciones de 1958, consagró a Arturo Illia como nuevo presidente argentino el 12 de octubre de 1963. Tal como le ocurriera a Frondizi poco tiempo antes, un manto de ilegitimidad y baja representatividad cubrió todas las acciones del nuevo gobierno dificultando los caminos de encuentro y conciliación política que contentara a unos sin enfadar a otros. Nuevamente la razón de la veda política era la certeza que bajo un régimen de elecciones libres y democráticas el peronismo sería el triunfador. Una situación inaceptable para las Fuerzas Armadas y los sectores civiles liberales, que no sólo deseaban mantener el control del Estado, sino borrar para siempre de la vida nacional a Perón y el peronismo.

Illia ganó las elecciones como primer minoría con un 23% de los votos. Y aunque Perón hacía ya 8 años que vivía en el exilio, el segundo puesto lo ocuparon los votos en blanco con un 21%. Como Frondizi, Illia habría sido favorecido por una parte del electorado peronista que consideró más útil dirigir su voto a Illia que darlo en blanco. Es decir, por segunda vez el voto oculto del peronismo hacía de árbitro en los comicios y coronaba a un presidente de la Unión Cívica Radical. No obstante, el nuevo gobierno no se libró de la vigilante cercanía del general Juan Carlos Onganía,

¹¹ Horacio Crespo, "Prologo", en Gustavo Morello, *Cristianismo y Revolución*, Thesys, Córdoba, 2003, p. 16.

quien luego de los enfrentamientos intestinos entre *Azules* y *Colorados* en septiembre de 1962 y abril de 1963, había quedado al mando de las Fuerzas Armadas.

Así pues, como le ocurriera poco antes a Frondizi, Illia desde el primer día de su gobierno debió enfrentar la presión militar y la presión sindical en medidas similares. A lo cual debemos sumarle un contexto general de recesión económica donde el índice de desocupación alcanzaba al 8,8% de la población activa, el producto *per capita* nacional sólo había aumentado en los últimos quince años un 4% frente al 50% del promedio mundial, y las exportaciones habían reeditado en 1961 menos dólares que en 1928¹².

Pero los problemas de Illia eran eminentemente políticos ya que la recuperación económica, el objetivo prioritario declarado por la administración, fue inmensa, rápida e inesperada. Las tasas de consumo en 1964 pasaron de porcentajes negativos a un aumento del 10,2%. Las inversiones crecieron un 26%, y la educación recibió un aporte inédito e histórico del 23,2% del presupuesto nacional. En este giro tuvo vital incidencia el incremento del crédito bancario al sector privado y consumidores urbanos, un plan de disminución de deuda con los funcionarios públicos y proveedores del Estado¹³. De hecho, no hay constancia en la historia argentina de los últimos 100 años que registre una revitalización económica tan veloz sin acudir al empréstito extranjero o a la venta compulsiva de las empresas nacionales. Sin embargo, el éxito de Illia no cambió la correlación de fuerzas, pues el impacto positivo global de su campaña económica no influyó políticamente a su favor.

5. La estructura gremial: participacionismo y matonaje

Por su parte, dentro de la CGT se impuso la corriente del pragmatismo practicado por *Las 62 Organizaciones*, que sólo respetó los principios de la conveniencia inmediata. Por ello, su Secretario general Augusto Vandor pronto se convirtió en la figura principal de esta nueva burocracia sindical que renovó relativamente la influencia del sindicalismo en las disputas del poder, aplicando sistemáticamente la máxima estratégica *golpear para negociar*. En opinión de Daniel James, Vandor personificó la transformación del peronismo y sus sindicatos, que pasaban de una postura de franco antagonismo con respecto al *statu quo* posterior a 1955, a una actitud de aceptación de la necesidad de acomodarse a él y encontrar un espacio dentro de sus límites. No obstante, señala James, la integración fue notable, no por el poder que brindó a los líderes gremiales, sino por sus magros resultados¹⁴.

La estructura gremial centralizada proporcionaba grandes recursos económicos a la dirigencia sindical, pues las cuotas de afiliado eran obligatorias y las empresas depositaban directamente en las cuentas del sindicato el monto correspondiente de sus empleados. *Las 62 Organizaciones* contaba para 1963 con 2.567.000 afiliados con cuotas mensuales obligatorias y en 1965 con un valor total en bienes declarados por 4.201 billones de pesos de la época. La centralización sindical facilitó el fraude electoral, la presión impune, la coerción y la violencia sobre pequeños dirigentes fabriles con el fin de mantener purgadas de oposición a las bases. Y los máximos beneficiarios de la corruptela sindical eran, sin duda, los empresarios; quienes se beneficiaban manteniendo su negocio en orden. Arreglaban despidos, ceses y cualquier otra dificultad con los trabajadores directamente a través del sindicato.

¹² Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la Ilusión y el Desencanto*, Ariel, Buenos Aires, 1998, pp. 289-299.

¹³ Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *ob.cit.*, pp. 295-395.

¹⁴ Daniel James, "Sindicatos, burócratas y movilización", en *Nueva Historia Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p. 137.

Por su parte, la corriente intransigente del peronismo no aceptó la lógica participacionista de Vandor, fundamentalmente por dos motivos: primero porque el centralismo vertical fue en desmedro de la representatividad y la democracia en las bases obreras. Segundo, porque esta dinámica abría un importante espacio de poder paralelo al de Perón. Desde el comienzo, la *Revolución Libertadora* y sus continuadores intentaron promover en el sindicalismo peronista un espacio de poder paralelo al del líder exiliado, puesto que les resultaba conveniente dividir para gobernar.

Para la *Línea Dura* del sindicalismo peronista José Alonso o Vandor eran traidores del espíritu de la Resistencia, eran una mezcla de *gangsters* con siniestros conspiradores. Para hombres como John William Cooke, Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós o Jorge Abelardo Ramos era necesario encontrar formas organizativas alternativas al participacionismo vandorista, frenar los recortes salariales y resistir la naturalización de la proscripción política impuesta por los militares utilizando la fuerza. En este sentido Lucas Lanusse asevera que con el paso del tiempo una parte del sector más combativo del peronismo tradujo la intransigencia frente al régimen en posiciones políticas más definidas donde el insurreccionalismo y la lucha armada aparecían cada vez más como las vías adecuadas para la depuración del Movimiento de traidores y conseguir el ansiado regreso del líder¹⁵.

De lo comentado es interesante destacar cómo la proscripción marcó un hito fundamental, un antes y un después en la redefinición de la identidad peronista. Mientras Perón estuvo en el gobierno la unidad político-identitaria del movimiento fue impresa monopolicamente desde la cúspide, pero a partir del golpe y el exilio del líder la construcción de las representaciones políticas del movimiento peronista habían quedado *liberadas* y comenzaron a ser objeto de disputas y de reformulaciones desde diferentes sectores del movimiento.

Illia sabía que el peronismo era una realidad insoslayable y que la proscripción política no podía mantenerse indefinidamente, sólo una creciente violencia represiva podría sostener un gobierno ilegítimo y contener el reclamo de las mayorías. Illia había ingresado a la Casa Rosada con la promesa de legalizar el peronismo y es por eso que en las elecciones de renovación parlamentaria de marzo de 1965 permitió la participación del peronismo, que ganó 52 bancadas y logró convertirse nuevamente en mayoría en la cámara de diputados. Pero el presidente no tenía aliados en los medios de comunicación de circulación masiva, y desde *La Opinión*, *La Nación* y sobre todo desde el semanario *Primera Plana*, se alentó una campaña a favor de una nueva intervención militar. El periodista Mariano Grondona fue el paladín de la campaña desestabilizadora/golpista del gobierno de Illia. Por ejemplo, a comienzos de 1965 escribió en su columna política:

“Cuando los órganos normales de poder no funcionan con eficacia (...) surgen de fuera del gobierno los sectores reales que operan como reserva (...) y que terminan por desnivelar el sistema”.¹⁶

La proximidad de las elecciones adelantadas para la gobernación de Mendoza revivió el escenario que desencadenó el derrocamiento de Frondizi en 1962. No obstante, Illia permitió a Corvalán Nanclares presentarse a las elecciones utilizando el nombre de Partido Justicialista y no interfirió en la retransmisión de un mensaje grabado por Perón por la radio y televisión mendocina.

La libertad que otorgaba el gobierno de Illia para la campaña peronista enardeció rápidamente el ánimo en los cuarteles y en la madrugada del 28 de junio de 1966 las Fuerzas Armadas se dispusieron a intervenir el débil y casi solitario gobierno de la UCRP marcando el fin de la segunda experiencia civil que intentaba regularizar la vida institucional del país desde 1955. Illia, no renunció

¹⁵ Lucas Lanusse, *Montoneros, El mito de los doce*, Ediciones B, Argentina, 2005, p. 53.

¹⁶ Mariano Grondona, “Balance Institucional”, *Primera Plana*, Buenos Aires, 16-06-1965, p. 5.

sino que fue destituido y literalmente echado a empujones de la casa de gobierno junto a un grupo de funcionarios y amigos. Dirigió sus últimas palabras como presidente a un destacamento de la Guardia de Infantería:

“Yo sé que su conciencia les va a reprochar lo que están haciendo. A muchos de ustedes les dará vergüenza cumplir las órdenes que les imparten estos indignos. Algún día tendrán que contar a sus hijos estos momentos. Sentirán vergüenza”.¹⁷

6. Onganía y la clausura absoluta de la política

La autodenominada *Revolución Argentina* encabezada por Onganía antepuso a la Constitución Nacional un acta de prohibición de toda actividad política. Los jueces de la Corte Suprema fueron cesados de sus cargos, se ilegalizaron todos los partidos políticos y se confiscaron sus bienes. Los gobernadores provinciales e intendentes elegidos por vía electoral fueron relevados por autoridades militares, se clausuró el Congreso Nacional, las legislaturas provinciales y –curiosa paradoja- se creó la Dirección de Investigaciones Políticas Antidemocráticas (DIPA). Nótese que ya en 1956 los militares intentaron hacer desaparecer la democracia excluyendo al peronismo de la vida política pública con la prohibición del decreto 3.855. En 1966 buscaron hacer desaparecer la política suprimiendo, también por decreto, todo espacio partidario donde se desarrollaran prácticas políticas. Y en 1976, fracasados los dos intentos anteriores, secuestraron, torturaron y finalmente desaparecieron físicamente a sus adversarios, en un intento por hacer desaparecer la disidencia.

Desde un principio el nuevo gobierno se caracterizó por su accionar fuertemente paternalista, autoritario y tecnocrático. Onganía estaba dispuesto a terminar con lo que denominaba el vaciamiento ideológico del país. A través de la ley 17.401, conocida como la anticomunista, justificó el amordazamiento de todo órgano de prensa discrepante y la persecución de todo aspecto extraño en la población, sea político, religioso o estético. Alain Rouquié ha observado que la ideología de la llamada *Revolución Argentina* significó la proyección sobre el Estado y la sociedad de los valores propios del ejército profesional¹⁸. Por su parte, Guillermo O'Donnell ha señalado que la experiencia de Onganía fue la más perfecta expresión del Estado burocrático autoritario, en tanto producto de una acentuada tendencia de las Fuerzas Armadas argentinas a confundir sus funciones específicas y el carácter de su particular estructura institucional con la del resto del Estado.¹⁹

El 29 de julio de 1966 mediante el Decreto Ley 16.912 intervino las universidades públicas colocándolas bajo el área de control del Ministerio del Interior. Las universidades fueron uno de los principales objetivos del golpe, la severa represión propinada a un grupo de docentes y estudiantes en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA que se propuso resistir la intervención ejemplificó no sólo la incompatibilidad entre democracia y disciplinamiento, sino la rudeza con la que se respondería a los actos de insubordinación. María Seoane recuerda que el entonces jefe de la Policía Federal, ya bajo control operacional del Ejército, general Mario Fonseca, dio la orden de represión gritando: “Sáquenlos a tiros si es necesario. Hay que limpiar esta cueva de marxistas!”²⁰

No deja de ser lastimosamente curioso y paradójico que muchos de los docentes e investigadores que la policía sacó a cachiporrazos de dicha cueva de marxistas, fueran recibidos luego

¹⁷ Liliana De Riz, *La política en suspenso 1966-1976*, Paidós, Buenos Aires, 2000, p. 14.

¹⁸ Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1981, p. 256.

¹⁹ Guillermo O'Donnell, *El Estado burocrático autoritario*, Belgrano, Buenos Aires, 1982, pp. 157-160..

²⁰ María Seoane, “El vaciamiento de cerebros en la Universidad”, *Clarín*, Buenos Aires, 28/08/2005, p.

con los brazos bien abiertos por algunas de las más prestigiosas universidades y centros de investigación de los Estados Unidos y Europa. En 1970, el área de Investigación Social de la Universidad Torcuato Di Tella dirigida por Enrique Oteiza realizó un estudio titulado “Emigración de científicos argentinos”, donde concluyó que solamente en la Universidad de Buenos Aires habían renunciado 1378 profesores, de los 301 que emigraron, 215 eran científicos. 166 se insertaron en universidades latinoamericanas, 94 en universidades norteamericanas y 41 en universidades europeas.

Hasta aquí, si bien se llevaban ya 11 años de proscripción, se habían mantenido relativamente activos algunos canales formales y ciertos márgenes de legalidad dentro de los cuales se buscaba resolver la disputa por la hegemonía y la legitimidad del orden roto en 1955. La dictadura de Onganía canceló violenta e indefinidamente dichos márgenes y con ello sentenció toda potencial salida política concertada. A partir de aquí se planteó un nuevo mapa en la lucha por el poder. El autoritarismo y la unilateralidad condujeron a una confrontación sin mediaciones. Es decir, la cancelación total de la práctica política no permitió diluir o postergar los conflictos, todo lo contrario, alimentó la búsqueda de resoluciones directas.

La represión en los ámbitos letrados y de la cultura, lejos de acallar, aumentó la impotencia y precipitó la indignación de una porción de la burguesía urbana que ahora compartía las condiciones de opresión que el peronismo y los sectores obreros venían soportando desde 1955. Es decir, a los empréstitos, el congelamiento de salarios, la desocupación, la introducción de capitales multinacionales y la cancelación de toda práctica política, había que añadir el ataque a las universidades y los circuitos culturales. Todo ello, además de exasperar la creciente contestación, convirtió a la dictadura, los militares y los grupos económicos representados por ella, en el principal basamento aglutinante de ese momento. Es decir, contribuyó a que buena parte de la población identificara y compartiera claramente un mismo enemigo: la Dictadura de las Fuerzas Armadas.

El onganiato agrupó bajo una misma matriz conceptual no sólo el golpe a Perón en 1955, sino que trazó una clara línea de continuidad con la anulación de las elecciones provinciales de 1962, el posterior golpe a Frondizi, y el fallido intento de Illia de regularización democrática tras la anulación de las elecciones parlamentarias en 1965. La violencia represiva permitió soslayar las diferencias políticas de los diversos sectores. Diferencias que bajo condiciones democráticas normales difícilmente se habrían dado. Especialmente en el ámbito universitario las organizaciones juveniles peronistas, filo peronistas, cristianas postconciliares y las de izquierda (las dos últimas históricamente antiperonistas) vivieron una comunión de hecho. Para el peronismo y el filo peronismo dicha comunión se conjuró tras la bandera del socialismo nacional, mientras que para la izquierda marxista lo hizo tras la vía argentina al socialismo. Ambas banderas no estuvieron exentas de contradicciones, equívocos, ambigüedades e incluso mixturas intencionadamente especulativas (o entristas), y otras auténticamente confiadas en la mutación política del peronismo clásico hacia el peronismo revolucionario de izquierda²¹.

Lentamente se había ido profundizando la mítica retórica de la Resistencia, la autodefensa y, poco más tarde, la de la lucha armada como respuesta a la violencia institucionalizada. La violencia de abajo concebida como respuesta a la violencia de arriba. Y la lucha armada y la resistencia se dirigía no sólo contra un régimen ilegítimo que no permitía la participación, que no reconocía los representantes naturales de los trabajadores y que respondía con prohibiciones, cárcel y bastonazos a cualquier forma asociativa de oposición, sino también contra una burocracia sindical corrupta y antidemocrática que con su apoyo explícito al régimen y sus métodos de matonaje socavó buena

²¹ Las operaciones ideológicas más destacadas de la época fueron las de la *Izquierda Nacional*, con trabajos de Cooke, Puiggrós, Ramos y Hernández Arregui, pero también de Rosa, Ortega Peña, Real, Alberti, entre otros, que creían posible este tránsito.

parte del apoyo obrero. Así, tras el objetivo común de terminar con la Dictadura, muchos estudiantes-obreros/obreros-estudiantes comenzaron a alternarse en las asambleas madurando una fórmula que estalló en mayo de 1969 durante las protestas del Cordobazo y 1971 en el llamado Viborazo. Dos protestas populares que terminaron por desvencijar a Onganía y su sucesor, el General Marcelo Levingston, respectivamente.

7. Lanusse y el salvataje de las Fuerzas Armadas

El 2 de marzo de 1971 Alejandro Agustín Lanusse asumió la titularidad de la Junta Militar y el Ejecutivo Nacional, y a partir de entonces se abocó a diseñar las maniobras de un escape decoroso para las Fuerzas Armadas. A fines de marzo anunció el restablecimiento de las actividades políticas y llamó a convocatoria de elecciones generales para el 25 marzo de 1973, con asunción de funciones para el 25 de mayo de ese mismo año. El gran acierto político de Lanusse fue observar con claridad que la mejor manera (sino la única) de descomprimir la situación social, desactivar la guerrilla y la amenaza de divisiones irreversibles en el seno de la corporación militar era propiciando una salida democrática. Lanusse sabía que decidirse por una salida democrática no era una idea que se aceptaría sin reparos en el interior de las Fuerzas Armadas, ya que hablar de elecciones era sinónimo de triunfo peronista. Si Lanusse realizó un prematuro llamado a elecciones generales para marzo de 1973, fue también una manera de blindar su gobierno frente a potenciales intentonas golpistas. Con el llamado a elecciones Lanusse abrió un paréntesis de expectativas, y quien complotara para derrocarlo también se pondría a la mayoría de la ciudadanía en contra.

Como parte de su estrategia, el 15 de junio de 1971 Lanusse promulgó la ley 19.081 de Represión del Terrorismo y creó una Cámara Federal en lo Penal para juzgar ampliamente los delitos de las organizaciones clandestinas. En efecto, dicha ley ofrecía un marco jurídico para procesar a integrantes de Montoneros, ERP o FAR que actuaban y engrosaban rápidamente sus filas desde mayo de 1970. Como sabemos, aquella precariedad legal se rompió con el accionar selectivo de la Triple A desde 1973, y con total plenitud a partir de 1976, cuando accedió al poder el sector militar encabezado por el general Videla que implantó sistemáticamente el terrorismo de Estado, el secuestro, la tortura y la desaparición de personas.

Por su parte, Perón se servía sin empacho desde el exilio de todas las iniciativas, tanto de la búsqueda de soluciones políticas como La Hora del Pueblo o El Gran Acuerdo Nacional así como de la popularidad que ganaban las organizaciones armadas para desestabilizar la Dictadura. Mientras estuvo en Madrid mantuvo una actitud ambigua frente a las acciones de la guerrilla. Envío flores al velatorio de Fernando Abal Medina, y Jorge Daniel Paladino -su delegado personal en la Argentina- si bien condenó públicamente la violencia asistió a la misa por la muerte de Abal Medina y Carlos Ramus en la Iglesia Cristo Rey. Perón utilizó a la izquierda peronista para hostigar y desestabilizar a la Dictadura y se mostraba frente a sus contrincantes como el único hombre capaz de controlarla.

Hay que decir que si la propuesta político-institucional de Lanusse subsistió fue gracias a la firmeza con la que este general la defendió, puesto que sus planes no eran comprendidos ni bien vistos por la mayoría de su corporación, que mantenía una actitud infinitamente más beligerante con el peronismo y sobre todo con la guerrilla. No es que Lanusse no tuviera esta actitud, sino que sabía que Perón desde Madrid podía bendecir a diferentes sectores del peronismo al mismo tiempo con el fin de utilizar –a su hora- al más conveniente en virtud de sus intereses. Lanusse sabía que la burocracia sindical y la izquierda montonera eran elementos incompatibles entre sí, que tenían sus propias estrategias y que Perón, una vez en el país, no podría servirse alternativamente de uno u otro sector, sino que se vería obligado a optar por uno de los brazos de su movimiento, que si aún no se habían batido en una lucha frontal era porque tenían en la Dictadura un enemigo en común. Lanusse pretendió con el GAN sacar a las Fuerzas Armadas del foco de los conflictos para resguardar sus

intereses corporativos y pasarle a Perón la difícil tarea de conciliar los intereses antiperonistas y, en especial, los agudos conflictos del propio movimiento. Con el llamado a elecciones Lanusse no sólo logró descomprimir una coyuntura política que se inclinaba velozmente hacia los intereses revolucionarios, sino fundamentalmente desplazar el centro de las disputas hacia el interior del peronismo, lugar donde izquierda y derecha tendrían que dirimir su supremacía. El comienzo de dicha disputa comenzó el 11 de marzo de 1973 en la llamada Masacre de Ezeiza.

Breve comentario final

Como vimos a lo largo del texto, el lento desgranamiento del gobierno militar y la profunda división dentro de las Fuerzas Armadas se combinaron con la cancelación de todos los canales legales de mediación política, instalando y generalizando una sensación de marginación que alimentó la lucha directa cada vez más violenta por el control del Estado. La intención explícita, deliberada y organizada por establecer una lucha directa por el poder se expresó un mes después del Cordobazo con el asesinato de Vandor (30 junio de 1969), pero especialmente con el secuestro del ex presidente de facto Aramburu, el 29 mayo de 1970 a manos de la organización político-militar Montoneros²². El asesinato de Aramburu, en tanto modelo de acción o forma de resistencia a la Dictadura, no era ni política ni militarmente diferente a la del enemigo que pretendía enfrentar. Al contrario, tomaba como propia una lógica de violencia que mostraba un desprecio similar por la vida de los semejantes y sus derechos. Lo mismo que habían venido haciendo las Fuerzas Armadas desde 1955 en adelante.

No obstante lo dicho, no es posible igualar ni la dimensión ni la mentalidad de unas Fuerzas Armadas genocidas, que una vez derrotada la guerrilla -hacia finales de 1975- arrasaron con toda forma de signo político distinto, eliminando todas aquellas fuerzas humanas y simbólicas más sutiles y complejas que se habían venido desarrollando lenta y pacíficamente en el tejido social, demostrando de manera irrefutable que el objetivo principal de su violencia asesina no eran las organizaciones político-militares, sino, fundamentalmente, el proceso creativo de una creciente subjetividad crítica con el orden dominante.

Como hemos descripto a lo largo del artículo, los actos de violencia fueron en ascenso fundamentalmente a raíz de la marginación política de la fuerza política más numerosa del país. Para verlo comparativamente podemos señalar que en el año 1968 sobre un total de 239 actos de protesta 84 fueron con violencia armada (bombas y armas de fuego), mientras que en 1972 de los 1109 actos de protesta registrados en 745 fue utilizada la violencia armada²³. Asimismo, hacia fines de 1971 la publicación de una encuesta de IPSA recogió algunos datos acerca de la opinión general en torno al papel de las organizaciones armadas. A la pregunta “¿Justifica usted la violencia guerrillera?”, el 45, 5% respondía afirmativamente en el Gran Buenos Aires; cifra que se elevaba al 51% en Rosario y al 53% en Córdoba²⁴.

Todo lo expuesto me conduce a concluir que la permanente intervención autoritaria y violenta de las Fuerzas Armadas en el sistema político favoreció la radicalización de las fuerzas enfrentadas a la Dictadura y a una paulatina anulación y desconfianza del plano político-electoral en tanto dimensión específica donde licuar con eficacia los conflictos. Por ello, la democracia y las elecciones fueron frecuentemente consideradas un engaño, una trampa aplicada por los sectores dominantes

²² Aramburu fue secuestrado en su domicilio por Fernando Abal Medina y Emilio Maza. Aramburu era el máximo responsable del gobierno cuando tuvieron lugar los asesinatos del general Valle, el fusilamiento clandestino de 27 militantes peronistas y la desaparición del cadáver de Eva Perón.

²³ Los datos fueron extraídos de Guillermo O'Donnell, *El Estado burocrático autoritario, 1966-1973*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982, pp.4 35-450.

²⁴ Ver Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad 1966-1973*, Tomo I, Norma, Buenos Aires, 1997, p. 504.

para intentar perpetuarse en el gobierno, o un mecanismo destinado a dilatar el proceso de inclusión política y quitar visibilidad al verdadero sustento del poder, el verdadero factor determinante: las Fuerzas Armadas. A mi juicio estos argumentos lograron instalarse e imponerse, en primer lugar, porque el autoritarismo emanado desde los grupos en el poder fue permeable a las prácticas de todas las organizaciones sociales y la cultura política en general. Y en segundo lugar, porque los dirigentes de las organizaciones radicalizadas subestimaron no sólo la dimensión terrorista que podía adoptar la violencia represiva de las Fuerzas Armadas, sino porque nunca lograron o no se ocuparon -como tarea central- de construir un apoyo político hegemónico en los sectores populares.

En estos años, a menudo el oponente político fue considerado un enemigo, el espacio público un campo de batalla y la propia práctica política una guerra continuada por otros medios. A su vez los conflictos eran visualizados desde una perspectiva belicista, binaria y dicotómica que favoreció los grandes agrupamientos y generó un descrédito en la eficacia de los canales democráticamente instituidos e incluso del propio juego político como el arte de la negociación y la mediación, instalándose de manera definitiva hasta 1983 mecanismos de resolución directos y violentos.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas.
- Altamirano, Carlos (2001). *Bajo el signo de las Masas*. Buenos Aires: Ariel Historia.
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín (1997). *La voluntad 1966-1973*. Tomo I y II. Buenos Aires: Norma.
- De Riz, Liliana (2000). *La política en suspenso 1966/1976*. Buenos Aires: Paidós.
- Forte, Ricardo (2003). *Fuerzas armadas, cultura, política y seguridad interna*. México: Biblioteca de Signos, Università Degli Studi Di Torino.
- Frondezi, Arturo (1957). *Industria argentina y desarrollo nacional*. Buenos Aires: *Que*.
- Gerchunoff, Pablo y Llach Lucas (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto, Buenos Aires: Ariel Sociedad Económica*.
- James, Daniel (2003). *Nueva Historia Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- James, Daniel (1990). *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Lanuse, Alejandro A. (1977). *Mi testimonio*. Buenos Aires: Laserre Editores.
- Morello, Gustavo (2003). *Cristianismo y Revolución*. Córdoba: Thesys.
- O'Donnell, Guillermo (1997). *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires, Barcelona: Paidós.
- O'Donnell, Guillermo (1982). *El Estado burocrático autoritario*. Buenos Aires: Ediciones de Belgrano.
- O'Donnell, Guillermo (1977). "Estado y Alianzas en la Argentina, 1955-1966", *Desarrollo Económico*, 64. Buenos Aires.
- O'Donnell, Guillermo (1972). "Un juego imposible. Competencia y coaliciones entre partidos políticos de Argentina entre 1955-1966". *Modernización y Autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Ollier, María Matilde (2005). *Golpe o Revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*. Buenos Aires: Eduntref.
- Ollier, María Matilde (1986). *El fenómeno insurreccional y la cultura política*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Ponza, Pablo (2010). *Intelectuales y Violencia Política: 1955-1973*. Córdoba. Babel.
- Romero, José Luis (1996). *Breve historia de la Argentina*. Buenos Aires: Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica.
- Rouquié, Alain (1982). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- Walsh, Rodolfo (2001). *Operación Masacre*. Barcelona: Sol 90.